



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Gutiérrez Sanín, Francisco; Dávila Ladrón de Guevara, Andres  
Paleontólogos o politólogos: ¿qué podemos decir hoy sobre los dinosaurios?  
Revista de Estudios Sociales, núm. 6, mayo, 2000, p. 0  
Universidad de Los Andes  
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81500605>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## Paleontólogos o politólogos: ¿qué podemos decir hoy sobre los dinosaurios?

Francisco Gutiérrez Sanín" Andrés Dávila  
Ladrón de Guevara"

*"Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí"*

Augusto Monterroso

Si alguien se animara a intentar una evaluación general del estado de las ciencias sociales en Colombia (¿pero: es esto posible?, ¿tiene todavía sentido?), llegaría probablemente a la conclusión de que una de las áreas que salen mejor libradas es el estudio del clientelismo. En primer lugar, contamos con una producción sólida, sostenida, entre la que se cuentan algunos de los títulos más leídos -y logrados- de la sociología política colombiana, incluyendo en ella a los colombianistas norteamericanos y europeos. En segundo lugar, la reflexión académica sobre el clientelismo ha tenido impacto en los formadores de opinión, en los medios de comunicación y en los actores políticos. Los trabajos no se han quedado en un anaquel, y de hecho han ofrecido un repertorio de explicaciones y de acciones cuyo impacto en las reformas institucionales de los últimos lustros no sería prudente subestimar<sup>1</sup>. En tercer lugar -y esto no es poco mérito-, los mejores trabajos ofrecen resultados más o menos convergentes, así que en lugar del panorama "una persona-una teoría" contamos con algo que por lo menos se parece mucho a una "teoría de alcance medio" reconocida por los

---

Este artículo fue posible gracias al ejercicio de discusión e investigación que a lo largo de casi 8 meses (abril a diciembre de 1999), hemos adelantado los autores con el apoyo de Diana Hoyos y Carolina Isaza E., dentro del proyecto de clientelismo y representación política auspiciado por el Centro de Apoyo al Legislativo, CAAL, que se creó con el departamento de ciencia política de la Universidad de los Andes. La creación de una red de universidades que convergen en el CAAL permitió la participación de Francisco Gutiérrez como investigador del Iepri de la Universidad Nacional. Las opiniones e interpretaciones son de entera responsabilidad de los autores y no comprometen ni al equipo de trabajo ni al CAAL. Una primera versión de este artículo fue discutida por varios colegas. Agradecemos a todos ellos, particularmente los comentarios críticos de Gary Hoskin y Miguel García al texto final.

Polítologo y antropólogo, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

Polítologo, profesor del departamento de ciencia política de la Universidad de los Andes.

Se trata de un tema por derecho propio en el terreno de la historia de las ideas, como se propone en Francisco Gutiérrez, "Dilemas y paradojas de la transición participativa", en *Análisis político*, No. 29, septiembre a diciembre de 1996, págs. 35-53.

mejores estudiosos. Buena, influyente, [relativamente] consensual: ¿se le puede pedir algo más a la vida?

Tanta dicha se parece a la madurez. Pero la madurez se parece a la vejez y la vejez se parece a la muerte<sup>2</sup>. ¿Es el clientelismo un "campo de estudio consolidado", el eufemismo que usamos en Colombia para hablar de un yermo intelectual en el que ya no hay nada nuevo que decir? Como lo sugiere el título de este artículo, creemos que no; aún hay mucho que decir sobre los dinosaurios bipartidistas. Existen múltiples preguntas sin contestar, o sólo muy parcialmente contestadas. Esto implica, por un lado, que "el vaso está medio vacío": muchas de las conclusiones que hemos aceptado más o menos como definitivas deberán ser revaluadas. Pero, por otro, significa que está "medio lleno": el clientelismo sigue siendo un área extraordinariamente interesante, en la cual hay mucho por hacer (y más bien poco por repetir).

De entre todas las preguntas posibles -y son muchas- hemos escogido para discutir aquí una que no sólo es simple sino que es decisiva: ¿por qué, pese a su evidente "fragmentación" y "deterioro", los partidos tradicionales siguen ganando reiteradamente todas las elecciones? La pregunta es decisiva en el sentido en que, si quiere ser tomada en serio, cualquier teoría sobre el clientelismo colombiano debería poder contestarla adecuadamente. Es simple porque se centra en uno de los contrastes más chocantes para cualquier observador atento de la situación colombiana: el que se da entre la monstruosa desarticulación interna del bipartidismo y su extraordinario desempeño electoral.

Sostendremos aquí que incluso esta pregunta básica no ha sido bien contestada: sigue abierta. Gracias a los trabajos históricos y sociológicos que se han producido en los últimos veinte años<sup>3</sup>, sabemos aproximadamente cómo funciona el clientelismo colombiano (sobre todo el rural; contamos con muchos menos trabajos sobre la vertiente urbana), pero en cambio tenemos poco o nada que decir sobre los mecanismos que lo hacen a la vez "anacrónico" y "vital". Es decir, la "descripción densa", con todo lo que ha aportado, no ha podido hasta el momento aprehender los mecanismos que explicarían la sorprendente supervivencia -quizás crecimiento- de las fuerzas clientelistas en Colombia. Esto, a

---

<sup>2</sup> Sí, las relaciones de semejanza no son transitivas, pero es mejor cuidarse.

<sup>3</sup> Comenzando por el título básico en la literatura: Francisco Leal B. y Andrés Dávila, *Clientelismo: el sistema político y su expresión regional*, Bogotá, Tercer Mundo-Iepri/UN, 1991.

propósito, también se aplica a algunas de las nociones básicas con las que los académicos se dirigen a la opinión cuando intentan pensar el bipartidismo: "crisis de los partidos", "crisis de representación". ¿En qué sentido "crisis"? Es claro que "algo malo pasa en los partidos", ya que incluso sus personeros más caracterizados se sienten incómodos por pertenecer a ellos. Tal vez la mejor manera de definir a un liberal (o a un conservador) sea: "aquella persona que niega explícitamente ser liberal (conservadora)"<sup>4</sup>. Pero esta semi-clandestinidad de las dos grandes agrupaciones tradicionales coexiste con una adaptabilidad imposible de ignorar. Ante todo, como ya lo destacamos, siguen ganando cómodamente casi todas las elecciones. Se debe tener en cuenta que en muchas ocasiones cuentan con la competencia de las "semi-tercerías", encabezadas por personas de extracción liberal o conservadora que logran producir una imagen anti-política creíble y, a la vez, mantener una base social tradicional significativa<sup>5</sup>. Aun cuando han afrontado desafíos de esta magnitud (piénsese en el fenómeno Noemí Sanín en las anteriores presidenciales), han logrado mantenerse. La única posible excepción es la elección popular de alcaldes. Pero incluso en este terreno privilegiado para las tercerías, hay una diferencia sustancial para los tradicionales: la volatilidad de sus votos es mucho menor. Dicho de otra manera, los nuevos rara vez repiten gobierno local, mientras que los tradicionales sí lo hacen<sup>6</sup>.

Ahora bien, si no tuviéramos que pensar el problema en un contexto comparativo no existiría dificultad alguna. Pero esa obligación es ineludible. Tolstoi decía que todas las familias felices eran idénticas, y que en cambio las infelices resultaban siempre distintas la una de la otra. Nosotros somos una familia infeliz: no basta con saber qué caracteriza a las relaciones clientelistas "en general"<sup>7</sup>; deberíamos poder decir cuáles son los rasgos sobresalientes del clientelismo colombiano en particular. Y esto pasa por desarrollar explicaciones buenas-sostenibles en un contexto comparativo-, de la longevidad y capacidad de adaptación

del bipartidismo colombiano. En efecto, el colombiano es uno de los bipartidismos más antiguos del mundo<sup>8</sup>, cuyo único parangón es el de los Estados Unidos<sup>9</sup>. En América Latina, la mayor parte de los sistemas de partidos ha pasado por una o varias "explosiones fundacionales", auténticos *big-bang* de la representación política, cuyo resultado fue la virtual desaparición de las fuerzas más consolidadas. La insularidad del caso colombiano es todavía más marcada si se contrasta con nuestros vecinos inmediatos: somos prácticamente los únicos que no han hecho el tránsito hacia la "nueva política". Que se pueda plantear, basados en tal experiencia, que esta quizás no sea una circunstancia demasiado desafortunada, no disminuye en lo más mínimo necesidad y la urgencia de producir argumentos para entender este nuevo ejemplo del "excepcionalismo colombiano"<sup>10</sup>. Dicho en otros términos, ¿por qué el viejo sistema de partidos apuntalado sobre el clientelismo se ha mantenido aquí y en cambio ha explotado "allá"? (esta es la traducción a términos comparativos de "¿por qué siguen ganando?"). Mientras no respondamos bien a este tipo de preguntas simples, no tenemos derecho a sentirnos demasiado orgullosos de nuestro aparato explicativo.

### ¿Por qué conforman mayorías estables?

El problema consiste en que las agrupaciones tradicionales copadas por las prácticas clientelistas son, o deberían ser, víctimas de su propio invento. Si hemos de creer a los politólogos y publicistas, el clientelismo deslegitima a los partidos, los aleja de la opinión y la juventud, los fragmentos deteriora, los desideologiza e insensibiliza. Tantos males juntos tendrían que producir algún efecto electoral tangible. Hasta el momento, esto no ha sucedido; el bipartidismo tuvo más sobresaltos electorales durante el Frente Nacional que

---

<sup>4</sup> Empíricamente, se puede observar cómo en las campañas electorales los candidatos intentan o esconder o minimizar ante el electorado su filiación partidista. El fenómeno está muy extendido.

<sup>5</sup> La cuadratura del círculo que ha caracterizado los últimos torneos presidenciales.

<sup>6</sup> Véase Francisco Gutiérrez (ponencia en LASA 2000), "Treinta años de evolución de la política colombiana. ¿Se ha abierto nuestro sistemapolítico?". Una vez más hay excepciones, como Barranquilla, pero son escasas.

<sup>7</sup> Véase por ejemplo Steffen Schmidt, Laura Guasti, Cari Landé, James Scott, *Friends, followers, and factions*, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 1977.

---

<sup>8</sup> Si nos atenemos a la versión estándar de la historia política, por este año cada una de las grandes agrupaciones estaría alcanzando la venerable edad de 150 años.

<sup>9</sup> Antes de la guerra civil, la política estadounidense estaba protagonizada por los Whigs y los Demócratas jacksonianos (bastante diferentes de los demócratas contemporáneos). Así que nuestro bipartidismo es aproximadamente diez años más viejo que el de Estados Unidos. Naturalmente, los desenlaces diferenciales de los dos países hacen aún más enigmática la estabilidad de nuestro sistema de partidos.

<sup>10</sup> En muchos casos, la noción de excepcionalismo es espuria: surge del sin desconocimiento de lo que sucede en el resto del mundo. Sin embargo, nuestro bipartidismo "pegajoso", longevo y con una enorme capacidad de adaptación sí es una instanciación lícita de excepcionalismo; quizás la más importante. Sintomáticamente, es de las menos estudiadas en un contexto comparativo.

la década del noventa. ¿Por qué son pues tan estables las mayorías tradicionales? ¿Por qué, en contraste con los demás países del área andina, aquí el sistema de partidos apenas ha tenido cambios? Como se resume en el Cuadro 7 se han hecho varios esfuerzos para enfrentar esta anomalía, al introducir variables adicionales que permitirían construir enunciados del tipo "en Colombia, el clientelismo corresponde a las características estándar más otras nuevas debido a uno o varios factores adicionales". Nuestra evaluación es que el intento ha generado valor agregado -comprendemos mejor el fenómeno al incorporar nuevas dimensiones y matices-, pero no ha solucionado las dificultades analíticas.

Hagamos una breve revisión de cada factor por separado. Los estudios sobre la criminalidad organizada y sus relaciones con la política<sup>11</sup> han permitido comprender mejor cómo los "capitalistas parias" -para usar la expresión de Marco Palacios<sup>12</sup>- perturbaron el juego político colombiano. Con todo, no parece posible achacar la estabilidad del bipartidismo colombiano a un "ancla" criminal que lo hubiera apuntalado. Las razones para poner en duda tal inferencia son muchas y poderosas. En primer lugar, numerosas tercerías, tanto armadas como desarmadas, también se favorecieron de pingües contactos, ocasionales o regulares, con la criminalidad organizada, pero su fortuna en

**Cuadro 1. Resumen de factores explicativos adicionales**

Factor	"Valor agregado"	Problemas
F1. Crecimiento de la criminalidad organizada	La criminalidad organizada ha financiado y penetrado los partidos	En varias regiones, hubo roces continuos entre criminales y políticos clientelistas. Más aún, en Colombia el apoyo de la criminalidad a los partidos no parece haber producido estabilidad del sistema de partidos
F2. Niveles altos de represión	Las tasas de homicidio político en Colombia son altísimas; además, "tienen signo" (son asesinados muchos más opositores, defensores de los derechos humanos y líderes sociales que miembros de los dos partidos)	No se ha comprobado una correlación entre tasas de homicidio político y predominio bipartidista.
F3. Diseños institucionales que favorecen al clientelismo	Los cambios en las reglas de juego han buscado favorecer este tipo de prácticas. La operación avispa, por ejemplo, ha permitido a las fuerzas tradicionales (sobre todo al Partido Liberal), operar ágilmente pese a su abrumadora desinstitucionalización	Decenas de cambios institucionales fueron realizados con el objetivo explícito de sacudir las mayorías tradicionales, pero han sido aparentemente ineficaces. De hecho, se ha visto una adaptación de las prácticas a los nuevos diseños, aunque éstos en principio parecieran atacarlas. La operación avispa invocó su capacidad de deteriorar el predominio de los grandes barones electorales (cosa que en efecto logró), <i>sin que ello modificara el predominio del clientelismo</i>
F4. Apropiación privada de lo público	Da elementos para identificar algo así como el "síndrome colombiano" <sup>13</sup>	Hace parte de la explicación general del fenómeno clientelista; no puede, por tanto, ayudar a encontrar las especificidades del caso colombiano. Revela, en cambio, parte de lo que tenemos en común con otros casos

<sup>11</sup> Comenzamos destacando las obras del sacrificado Darío Betancur.

<sup>12</sup> Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Bogotá, Norma, 1995.

<sup>13</sup> Véase Hernando Gómez Buendía (editor), *¿Para dónde va Colombia?*, Bogotá, Tercer Mundo-Colciencias, 1999.

las urnas siempre se limitó a fenómenos de tipo local, con altos niveles de volatilidad. Segundo, la evidencia empírica apunta a relaciones mucho más complejas entre el clientelismo y fuerzas turbias emergentes de lo que espontáneamente se podría pensar. En varias regiones y períodos las "élites turbias" intentaron reemplazar (ejemplo: el cafetero con el Movimiento Latino Nacional) o marginalizar/subordinar (occidente de Boyacá) al personal político tradicional. El cartel de Medellín buscó al principio infiltrar en el Partido Liberal a los que veía como jóvenes renovadores y anti-traditionalistas, no a las figuras consolidadas. Incluso el cartel de Cali, que en el rubro de compraventa de congresistas fue un mayorista, prefirió enfocar lo mejor de su atención en la fuerza liberal renovadora del Valle, el llamado liberalismo socialdemócrata, que tenía una nutrida presencia de técnicos y profesionales jóvenes, aunque también invirtió en tercerías. A propósito, muchas de las expresiones políticas que hemos nombrado tenían un discurso explícita -a veces rabiosamente- anticlientelista<sup>14</sup>, con denuncias contra la corrupción y la exclusión. Por supuesto, sería errado -y peligroso- torcer la barra en la dirección contraria. Tanto a nivel nacional como en varias regiones-Costa Atlántica, por ejemplo-, el narcotráfico irrigó las redes clientelistas de los dos partidos, y manejó con bastante comodidad las viejas reglas de juego. Lo que queremos mostrar es que la relación tenía tanto de cooperativa como de competitiva, y que las tensiones podían llegar a ser fuertes. A propósito, todo esto tiene un claro trasfondo económico, con el paulatino reemplazo de los terratenientes tradicionales por los narcotraficantes en la posesión de millones de hectáreas<sup>15</sup>.

Con todo, quizás el argumento más importante en contra del intento de establecer una línea directa de causalidad entre estabilidad del predominio bipartidista e influencia del crimen organizado es que la infiltración de los carteles precisamente ha desestabilizado, y de una manera bastante notoria, nuestro sistema de partidos. La constatación es empírica, pero no debe producir mayores sorpresas a una mente teóricamente entrenada -o deformada-. Hay tres efectos de desestabilización, todos ellos verificables. Primero, una ruptura muy profunda entre el personal político tradicional y las élites socioeconómicas, sobre todo aquellas

cuya actividad principal y residencia se encuentra en las grandes ciudades<sup>16</sup>. Segundo, desprestigio y rechazo de los de las instituciones claves de la vida política, Congreso y partidos (véase Cuadro 2)<sup>17</sup>. Este desprestigio ha ido acompañado de acciones concretas en varias direcciones comenzando con el encarcelamiento de decenas de congresistas liberales. Tercero, desestructuración de los partidos, al darle un gran margen de maniobra (gracias a recursos ilícitos), a grupos regionales y locales en su relación con la dirección partidista. En síntesis, es claro que la criminalidad organizada ofreció a los partidos tradicionales y a otros actores políticos recursos enormes (sobre todo, pero no únicamente, dinero y asesinatos), para jugar sucio<sup>18</sup>. Pero esa circunstancia no parece explicar bien la estabilidad de las mayorías tradicionales; por el contrario, muestra cómo era posible consolidar mayorías de tipo local a costa de un deterioro global de la capacidad de reproducción estable del sistema político.

## Cuadro 2

Promedio e índice neto de confianza en el Congreso y los partidos en comparación con otras instituciones<sup>19</sup>

Institución	índice neto de confianza	Prom. de conf.
Procuraduría	-45	37.3
Fiscalía	-22	43.4
Corte Constitucional	-40	37.1
Gobierno Nacional	-68	27.3
Iglesia	37	62.4
Sindicatos	-62	25.4
Movimientos cívicos	-67	23.9
Ejército	-29	41
Policía	-46	35
FARC	-87	9.1
ELN	-88	7.6
Congreso	-65	27.8
Partido Liberal	-53	29.2
Partido Conservador	-72	23.2

<sup>16</sup> Francisco Gutiérrez, "Tendencias de cambio en el sistema de partidos: el caso de Bogotá" en *Análisis Político*, No. 24, enero a abril de 1995, págs. 73-83.

<sup>17</sup> Nótese sin embargo que las organizaciones sociales cargan con una falta de, confianza igual o mayor.

<sup>18</sup> A propósito, esto ya se refleja en Leal y Dávila, *El clientelismo...*

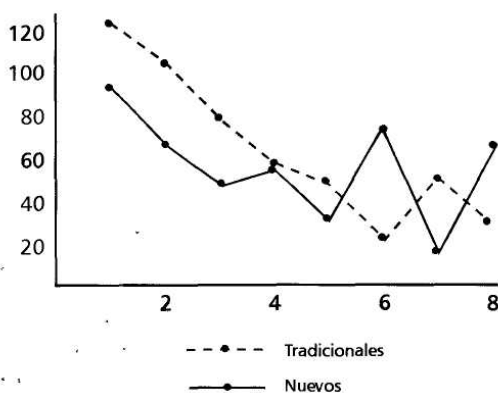
<sup>19</sup> Encuesta nacional "Justicia y política" realizada por el Iepri y el Centro Nacional de Consultoría, el 10 de octubre de 1997. El índice neto de confianza se obtiene restando de los que tienen confianza "total" o "mucho" a los que la institución les produce "poca" o "ninguna" confianza.

<sup>14</sup> En sus "Bases Ideológicas" el Movimiento Latino Nacional afirmaba que "el clientelismo es antinacional y antipatriótico". "Movimiento Latino Nacional - Bases Ideológicas", junio de 1983.

<sup>15</sup> Alejandro Reyes, "La cuestión agraria en la guerra y la paz" en Alvaro Camacho y Francisco Leal, *Armar la paz es desarmar la guerra*, Bogotá, Iepri-Fescol-Cerec, 1999, págs. 205-226.

**Figura 1**

Asesinato de dirigentes políticos 1988-1995 26



Hemos examinado, pues, algunas de las maneras en que la represión distorsiona nuestro sistema político. Queremos sostener, empero, que descifrarlas no explica automáticamente a las mayorías tradicionales. En este terreno nos encontramos tanto con vacíos como con inconsistencias. En cuanto a los primeros, no hay un estudio serio que asocie indicadores de represión (por ejemplo, tasas de homicidio político por un multiplicador de "signo"), con indicadores de bipartidismo (partido efectivo, valga por caso), a nivel departamental o municipal. Ignoramos si hay alguna clase de correlación entre unos y otros, y mientras no sepamos esto es difícil decir algo concluyente. De hecho, no parece claro que haya siquiera una buena correlación a nivel nacional entre nivel de represión y votación por terceros<sup>27</sup>. Más aún, hay claras anomalías de la "explicación represiva". En la mayoría de los territorios con alta influencia de la guerrilla los partidos tradicionales gozan de excelente salud y se observa que tienen un margen de maniobra lo suficientemente amplio como para utilizar a los insurgentes a la hora de dirimir sus

<sup>26</sup> Fuente: Presidencia de la República, Consejería de Paz. Las agrupaciones que se cuentan como tradicionales son Partido Liberal y Partido Conservador. Las agrupaciones que se cuentan como nuevos son Unión Patriótica, Esperanza Paz y Libertad y Alianza Democrática M-19.

<sup>27</sup> No necesariamente se debe entender por buena inversa y fuerte. Si el comportamiento es como una U invertida, puede haber tramos de la curva en los que la relación represión-voto por terceros no sea monótona. Sin embargo, si debería existir alguna clase de patrón que pudiera ser reconocido: "este comportamiento me indica que la represión ha alterado los comportamientos electorales".

conflictos faccionales<sup>28</sup>. Hay además una notable insensibilidad del bipartidismo a la influencia directa de grupos armados de diferente tendencia<sup>29</sup>. ¡Una muestra de los cinco municipios de la zona de despeje sugiere que los tradicionales en realidad han mejorado su situación relativa en los últimos años!<sup>30</sup> (Véase Cuadro 3). Por último, simplemente no parece verosímil atribuir preferencias que sí expresan de manera tan constante durante décadas sólo a una combinación de miedo y corrupción.

**Cuadro 3**

Votos por tipo de organización para las elecciones de alcalde entre 1988 y 1997 en los municipios de Mesetas, L Uribe, Macarena, Vista Hermosa y San Vicente<sup>31</sup>

año/tipo de organización	liberales	conservadores	otros
1988	0,25	0,25	0,50
1990	0,50	0,00	0,50
1992	0,20	0,20	0,60
1994	0,80	0,00	0,20
1997	0,50	0,25	0,25

El tercer factor -diseños institucionales que favorecen al clientelismo-, tiene un cierto interés psicológico. Hemos pasado por una macro-reforma (la Constitución de 1991), cuyo principal objetivo era herir de muerte al clientelismo y jubilar a la clase política tradicional; un proceso anti-corrupción que, aunque incompleto, llevó a la cárcel a decenas de parlamentarios; unas reglas de juego electorales que parecen diseñadas ex profeso para expresar bien las

<sup>28</sup> Por ejemplo, el asesinato de Rodrigo Turbay Cote por parte de las Farc parece haber sido producto de la manipulación de una fracción del liberalismo contra otra: "Las 'hienas'" en *Semana* No. 424, 7/07/97, pág. 38. Dos buenos trabajos que evidencian las fluidas relaciones guerrilla clientelismo son: Andrés Peñate, "Arauca: Politics and oil in a Colombian province", tesis de maestría de Oxford, mayo de 1991, y Marco Palacios, "La solución política al conflicto armado 1982-1997" en Camacho y Leal, *Armar la paz...*, págs 345-402.

<sup>29</sup> Que sepamos, tampoco hay una comparación sistemática del nivel de bipartidismo de los territorios muy influidos por las Farc, el Eln, los paramilitares y, por ejemplo, las 11 ciudades más importantes del país. Aventuramos una conjetura: la diferencia es sorprendentemente pequeña.

<sup>30</sup> Una vez más, esta idea sólo debe entenderse como una "conjetura razonable", expuesta a un margen de duda también razonable.

<sup>31</sup> Datos obtenidos en el contexto de la investigación de Francisco Gutiérrez "Violencia y sistema político" (Iepri-Colciencias).

preferencias predominantes en la población<sup>32</sup>. De hecho, la "operación avispa" fue concebida en parte como una pieza anti-clientelista, que le quebraría el espinazo a los barones electorales<sup>33</sup>. ¿En qué sentido podemos decir que las reglas de juego formales favorecen sistemáticamente al clientelismo? Es preciso hacer hincapié en que lo que ha sucedido no es de poca monta. El conjunto de diseños institucionales pergeñado por los constituyentes para quebrar las resistencias clientelistas no deja de ser impresionante: circunscripción nacional para Senado; tarjetón<sup>34</sup>; no acumulación de mandatos; modificación del calendario electoral; desaparición de las suplencias; pérdida de la investidura y reemplazo de la inmunidad parlamentaria por fuero; aumento drástico del régimen de las incompatibilidades, entre otros. Siempre se puede alegar que éstas no eran las reformas decisivas, o que faltaron aún otras, las realmente importantes. Pero este es un argumento contrafáctico muy pobre, primero porque no es verificable, y segundo porque nos condena a repetir exactamente los supuestos errores conceptuales -y tal vez prácticos- que critica. Así como en el 91 se suponía que *aquellas* reformas significaban el fin del clientelismo, ¿qué nos autoriza a pensar que *estas* nuevas propuestas sí son eficaces? Como fuere, los proponentes del argumento contrafáctico no están autorizados a afirmar que los diseños de la Constitución del 91 eran cosméticos. Por ejemplo, sin el paso de la inmunidad al fuero no habría habido proceso 8.000. El nuevo calendario electoral, o la circunscripción nacional, implicaron así mismo un cambio real en las reglas del juego político. Así, pues, estamos frente a reformas institucionales importantes cuyos efectos fueron al menos parcialmente paradójicos. El clientelismo logró adaptarse a un ambiente modificado, que se suponía hostil. Esto nos pone frente a un dilema: o la utilización del término clientelismo ha sido laxa, y se ha convertido en un sinónimo de política indeseable u hostil<sup>35</sup>,

---

<sup>32</sup> Francisco Gutiérrez, "Rescate por un elefante: congreso, sistema y reforma política" en Ana María Bejarano y Andrés Dávila (comp), *Elecciones y democracia 1997-1998*, Bogotá, Fundación Social-Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes-Veeduría Ciudadana a la elección presidencial, 1998, págs. 215-253. Por supuesto, que nuestro sistema electoral sea muy proporcional no significa que carezca de inconvenientes.

<sup>33</sup> Como lo recuerda correctamente López Michelsen, el autor intelectual de la "operación".

<sup>34</sup> Cabe señalar que el tarjetón fue utilizado por primera vez en las elecciones presidenciales de 1990. No obstante, fue en la nueva Constitución que se ordenó su utilización para todo tipo de comicios.

<sup>35</sup> Según cuentan, Carlos Lleras Restrepo definía coloquialmente la palabra clientelista como "la persona que le gana a uno las elecciones". Esto es un poquito más que un chiste. En la política de provincia las fracciones en pugna

por lo que podríamos suponer que el fenómeno al que se referían Leal y Dávila no es el mismo al que nos referimos hoy, aun cuando tenga la misma etiqueta. O efectivamente nos encontramos ante una anomalía del cambio institucional y de la acción intencional: un reajuste a gran escala en las reglas de juego apenas generó unos efectos pequeños en las prácticas reales o generó efectos grandes, pero en una dirección no prevista. En uno u otro caso, será necesaria tanto una reformulación del análisis del clientelismo (diagnóstico) como de las pretensiones de la ingeniería institucional (remedios).

Por último, la noción de "apropiación privada de lo público" indudablemente tiene mucho que ofrecernos. Por desgracia, en casi todas sus enunciaciones la tesis no se ha desarrollado a un nivel operacional que permita colocar la discusión en una perspectiva comparada que, como lo hemos argumentado, parece indispensable. ¿Es mayor/menor, por ejemplo, la corrupción (un ejemplo canónico de apropiación privada de lo público), en esta década que en la anterior?, ¿En Colombia que en, digamos, Perú, Bolivia o Venezuela?, ¿Cómo influyen las respectivas diferencias sobre las prácticas políticas? La literatura base de clientelismo en el mundo vincula, casi por definición, clientelismo con privatización de lo público, pero esto trae para nosotros tanto ventajas como desventajas: quisiéramos captar las características no del fenómeno en general, sino de la especificidad del caso colombiano en particular. Las dificultades no se solucionan acudiendo a los deplorablemente endeble "índices" de *Transparencia Internacional*, ejemplo clásico si los hay de cuantificación espuria, sino afinando y aterrizando el concepto. Pero los problemas no terminan aquí. El análisis debe contar con sujetos sociales y políticos, y como ha resultado difícil encontrarlos -dificultad que no es casual, como argumentaremos en el próximo acápite-, se puede llegar a extremar las explicaciones de tipo culturalista/ organicista, cuyo sesgo ideológico alto<sup>36</sup> contrasta con su baja capacidad explicativa de casos específicos.

La conclusión es que la literatura sobre clientelismo más factores adicionales ha avanzado en la enunciación de muchas dinámicas sociales, pero en cambio no ha tenido éxito ni al intentar explicar la estabilidad de las mayorías

---

de los partidos tradicionales usan el término exactamente así, y además son conscientes de ello.

<sup>36</sup> Paul D. Hutchcroft, "The politics of privilege: assessing the impacts of rents, corruption, and clientelism on Third World Development", en *Political Studies* vol. 45, págs. 639 -658.

tradicionales ni la especificidad del fenómeno colombiano en un contexto comparado. Hay aquí todavía un rico e inexplorado terreno de investigación.

### Fraccionamiento y microempresas

Aparte de ganar las elecciones, los partidos tradicionales se han dedicado a fraccionarse y dividirse. En todas estas tareas han desplegado éxito y entusiasmo. ¿Cómo interpretar el fenómeno? Para algunos, es sintomático de la trayectoria de las agrupaciones tradicionales:

La desintegración de los partidos políticos ha representado la pérdida de su unidad ideológica y programática; la consecuencia es clara: la incapacidad de mantener una disciplina partidaria y el fortalecimiento de feudos electorales. Asimismo, la atención selectiva de demandas sociales ha mostrado cierta eficacia en algunos aspectos, pero ha sido en general incapaz de garantizar a las propias clientelas una mejora de su situación económica y social. La presencia de jefes políticos, intermediarios obligados ante el Estado y motivados ante todo por propósitos de acumulación política faccionalista o personal, se convirtió en talanquera para el desarrollo de procesos de intervención ciudadana en políticas públicas. Ello ha llevado a los partidos a un proceso de deterioro y de destrucción. Primero se desdibujaron ideológicamente hasta identificarse en el vado los unos con los otros: los liberales olvidaron que personificaban el cambio; los conservadores que tenían unos principios arraigados en la historia y en la tradición; los de izquierda que la violencia política no puede derivar en violencia común. Después se enfrascaron en la rebatiña burocrática y así llegaron a la venalidad del voto<sup>37</sup>.

Creemos que esta descripción -aunque más o menos estándar- no se sostiene ni siquiera como una versión extremadamente estilizada de lo que ha sucedido. Se puede poner en duda desde dos puntos de vista. Por un lado, su validez empírica. Deterioro sí, pero ¿dónde está la "destrucción" de los partidos tradicionales? A la inversa, ¿dónde está demostrado que los feudos efectivamente se fortalecieron? ¿Quién dijo que la rebatiña vino "después" de una suerte de olvido de los principios? ¿Cuándo se produjo ese olvido? Por otro lado, su consistencia analítica. Si partimos del hecho de que nuestro clientelismo "ha sido en

---

<sup>37</sup> Rubén Sánchez David, "Democracia y política en Colombia" en Varios Autores, *Modernidad, democracia y partidos políticos*, Bogotá, Fescol-Fidec, 1996, págs. 91-139.

general incapaz de garantizar a las propias clientelas una mejora de su situación económica y social", ¿por qué esas clientelas le siguen apostando a los que reiteradamente les han incumplido? Sólo una mirada intensamente anti-individualista y estática es capaz de suponer que un elector va a continuar por años una práctica que ostensiblemente perjudica sus intereses. ¿Y por qué los partidos se embarcaron en esa vía de degradación sistemática, pasando de los principios a la "venalidad del voto"? Más aún, ¿por qué no han surgido competidores eficaces, capaces de volver a fuentes puras de inspiración y sacar de la competencia electoral a estas fuerzas "deterioradas" y "destruidas"?

El mejor intento de dar cuenta de estas preguntas y otras semejantes ha sido protagonizado por autores como Eduardo Pizarro<sup>38</sup>, quienes han acuñado el término "microempresa electoral". La noción de microempresa implica un esfuerzo en dos direcciones. Primero, procura describir un estado de cosas (el desorden interno de los partidos tradicionales) y con base en ello periodizar. Hasta bien entrada la década de los ochenta los partidos se habían caracterizado por un faccionalismo a la vez personalista, jerárquico y radicalmente acotado<sup>39</sup>, lo que se conocía en la jerga política de ese entonces como "disidencia". Lo que vino después fueron grupúsculos, "desideologizados", mucho menos jerárquicos previsible. Mientras las disidencias eran fenómenos nacionales, las microempresas lo serán municipales o, en el mejor de los casos, departamentales. Segundo, explicar. Apoyándose en un argumento neo-institucionalista, se sugiere que los diseños de la Constitución de 1991 facilitaron la dispersión y la anarquía dentro de los partidos tradicionales<sup>40</sup>. La laxitud en las reglas de juego, cuya primera intención era ampliar el sistema político, terminó convirtiéndose en un factor de desorganización y en un obstáculo para la formulación de alternativas.

En la medida en que en las dos direcciones cosechó éxito<sup>1</sup> -convirtiéndose de hecho en la forma corriente de nombrar

---

<sup>38</sup> Debemos a Pizarro una reflexión extremadamente rica sobre los problemas i del sistema de partidos en Colombia; constituye en varias áreas un punto de referencia indispensable. Entre los varios títulos relativos al tema que se trata en este artículo, destacamos: Eduardo Pizarro, "La comisión para la reforma de los partidos" en *Análisis Político*, No. 26, sep/dic 1995, págs. 72-87; y "La terceras fuerzas en Colombia hoy" en *Análisis Político*, No. 31, may/ago 1997 págs. 82-105.

<sup>39</sup> No más de 3 o 4 corrientes combatiendo por la supremacía a nivel nacional,

<sup>40</sup> Esta evaluación no contradice directamente lo que afirmamos en el acápite anterior, en el sentido de que las reformas anticlientelistas contenidas en la carta son todo menos cosméticas. Tales reformas pueden haber sido simultáneamente anticlientelistas y anarquizantes.



el faccionalismo liberal-conservador-, la noción de microempresa electoral efectivamente hizo avanzar bastante la comprensión del fenómeno. Queremos sostener aquí, empero, que ya ha dado los frutos que podía ofrecer y que es hora de buscar otras categorías. Tanto en la descripción como en la explicación encontramos al menos tres problemas graves.

En primer lugar, ¡invisibiliza a los electores y a los pequeños intermediarios partidistas como sujetos políticos, dotados tanto de convicciones como de objetivos instrumentales. Nótese que está por demostrar que a un clientelista racional (sea elector o intermediario barrial veredal) le conviene votar por una microempresa. Por lo que sabemos de teoría política, lo racional sería intentar participar en "coaliciones ganadoras mínimas": lo suficientemente grandes como para obtener el premio, y lo suficientemente pequeñas como para que el premio no se tenga que dividir entre muchas bocas. Esta descripción de hecho capta muy bien la esencia de la competencia electoral clientelista: un torneo con un galardón otorgado a través de una decisión binaria (lo obtienes si eres elegido, lo pierdes si no), que después se reparte entre la coalición (la red) según los diferenciales de poder. Un clientelista totalmente desideologizado, con una racionalidad instrumental que busca únicamente beneficios materiales, debería por lo menos tendencialmente correr detrás de las coaliciones ganadoras mínimas. La anomalía consiste en que el fenómeno mismo que se está describiendo contradice las premisas de racionalidad puramente instrumental que se le achacan a sus protagonistas: la atomización extrema deriva del hecho de que muchísimos actores se involucran en coaliciones perdedoras<sup>41</sup>. Se le imputa a los clientelistas una lógica estrecha y brutalmente instrumental, y después se les describe [quizás inconscientemente] como irracionales incapaces de decidir bien en qué coaliciones vale la pena participar. Es posible que la incapacidad se deba a un error de cálculo, o a información imperfecta, superable con el tiempo. Pero en ese caso las "microempresas" convergerían finalmente hacia estructuras más estables, y el debate sobre atomización sería una tempestad en un vaso de agua. Por el contrario, si la atomización llegó aquí para quedarse, nos tenemos que preguntar por qué muchos votantes la apoyan y se involucran en ella. Subrayamos que aquí la metáfora

económica muestra toda su debilidad: si consideramos a los electores de la facción como "empleados de la microempresa" obligados contractualmente, la pregunta desaparece.

En segundo lugar, invisibiliza también a las cúpulas del partido como sujetos políticos. En realidad, se trata de una descripción hospitalaria, con enfermedades pero sin individuos. Si las facciones son microempresas electorales, no tienen razón ninguna para mantener un mínimo grado de cohesión. ¿Si el panorama está dominado por microempresas instrumentales sin ningún sentido de pertenencia, por qué no se ha producido una estampida de una buena vez? La cohesión no sólo existe, sino que a veces aflora con bastante virulencia, por ejemplo durante el agitado gobierno de Ernesto Samper. Ahora bien, es claro que los partidos están atravesados por fuerzas centrífugas muy poderosas. Incluso los más caracterizados dirigentes tradicionales están buscando nuevos horizontes. Las razones son muchas. Ante todo, la práctica política está cambiando en todo el mundo, y cada vez más en lugar de ser una actividad intensiva en trabajo (el voluntariado del líder y el activista), es una actividad intensiva en capital (la fórmula encuestas+asesores+medios). A la vez, se ha producido un desencuentro entre los partidos tradicionales y muchos sectores sociales, de suerte que el aparato partidista da, pero también quita, votos. Procesos de modernización, niveles de educación cada vez más altos, el desgaste por el ejercicio del poder con desenlaces globales negativos, son otros factores que deben ser tenidos en cuenta. El resultado neto en Colombia es una tensión entre ser representable y ser presentable, entre tener acceso a la maquinaria y a la opinión. Casi todos los políticos que quieren hacer carrera tratan, muy racionalmente, de tener un pie en cada uno de los polos de la contradicción, porque ninguno basta por sí solo para ganar los "juegos nacionales"<sup>42</sup>. Todo esto alimenta una desinstitucionalización que, en efecto, *podría* dar al traste con los partidos tradicionales. Pero es bueno tener presente siempre la perspectiva histórica: nuestros partidos se han dividido, fundido, reconfigurado, cambiado de nombre, durante períodos relativamente largos, pero sobre un trasfondo de continuidad básica. No pretendemos sugerir en

<sup>41</sup> Juan Carlos Rodríguez Raga, "Participación, sistema de partidos y sistema electoral. Posibilidades de la ingeniería institucional" en *Análisis Político*, No. 33, ene/abr 1998, págs. 94-109.

<sup>42</sup> En cambio los "juegos locales" y regionales se han podido ganar ya sea sólo con maquinaria o sólo con opinión. Pero quizás estos sean eventos excepcionales, que simplemente sirven para puntuar nuevas formas de entrelazamiento entre los dos factores. Un buen ejemplo de ello podría ser Barranquilla y (conjeturamos) seguramente Bogotá.

lo más mínimo "que no hay nada nuevo bajo el sol". Se están presentando cambios sustanciales. Sin embargo, tampoco se puede perder de vista que el juego de las fuerzas tradicionales, y no sólo de ellas, tiene dos caras: estar afuera pero a la vez adentro. Si uno piensa con el deseo y se apresura a sepultar en sus sueños a las fuerzas tradicionales, corre el riesgo de encontrarse, apenas despierte, con que "el dinosaurio todavía está ahí".

¿Entonces cómo actúan los grupúsculos, "movimientos" y "fuerzas" de los partidos liberal y conservador? En realidad, constituyen una federación, tumultuosa y desagradable si se quiere, pero capaz de desarrollar algunas formas importantes de acción colectiva en momentos críticos. No está descartado que esta capacidad desaparezca tarde o temprano<sup>43</sup>, pero mientras exista tenemos que dar cuenta de ella. Ahora bien, el argumento neo-institucionalista que se usa para explicar la atomización también tiene sus baches. Admitamos por el momento que en efecto los diseños actuales favorecen a los grupos pequeños que obtienen cumies por residuo a costa de las agrupaciones coherentes (esto ha sido planteado de manera muy razonable, pero estamos lejos de disponer de un análisis riguroso del problema). Ahora preguntémosnos: ¿el beneficio que se obtiene con la "operación avispa" supera los costos del faccionalismo? A veces sí, a veces no. En el caso de la Alianza Democrática M-19 la operación tuvo un resultado catastrófico. El ejemplo sirve para ilustrar un punto que siempre se debería tener en cuenta: los diseños institucionales no ejercen un efecto automático sobre los actores políticos, Dicho de otra manera, no producen desenlaces sino marcos que determinan la interacción. Aún otra manera de expresar la idea es que el argumento institucionalista explica bien por qué muchos actores están atomizados, pero en cambio no nos dice nada realmente útil sobre por qué prácticamente todos se han convertido en federaciones muy laxas de pequeños grupos de interés (incluyendo por supuesto el movimiento de Noemí Sanín y las demás tercerías).

En síntesis, si hablamos de microempresas tenemos que suponer que los candidatos no son sujetos políticos plenos. Si lo fueran no tendrían por qué seguir utilizando el nombre del partido, y a la vez aparecerían competidores fuertes para los cuales los costos de la operación avispa fueran mayores que los beneficios en términos de mecánica electoral.

---

<sup>43</sup> Si mañana un cataclismo político borra del mapa al Partido Liberal, siempre quedará en pie la pregunta: ¿por qué pudo sobrevivir durante tanto tiempo y con tan aparente buena salud? Y, ¿por qué esa supervivencia adoptó esta forma específica?

En tercer y último lugar, subestima el conjunto de recursos sociales y culturales que movilizan las facciones políticas, sean tradicionales o no. En el caso del liberalismo, por ejemplo, la saga de la movilidad social ascendente -un gran protagonista de las últimas dos décadas que los científicos sociales se han emperrado en ignorar<sup>44</sup>-, marcó con fuego el sentido de fidelidad de miles de individuos y cientos de redes sociales que encontraron en el partido a la organización que ofrecía un lenguaje, unos iconos y una socio-técnica para realizar, expresar y traducir políticamente su experiencia. Que esto se haya llevado a cabo -masivamente- en la semi o ilegalidad pone una nota trágica al proceso, pero no lo anula (acaso lo refuerza). El faccionalismo liberal encarnó en dinámicas sociales muy complejas de ascenso -o expectativas de ascenso- social, que ni siquiera hemos comenzado a entender, no digamos ya a describir: activación de redes de parentesco<sup>45</sup>, aparición de una capa de letrados de primera o segunda generación, deterioro del poder de notablatos tradicionales a costa de inestables coaliciones de sectores populares, clases medias y élites turbias. Algo similar, aunque en mucha menor escala, sucede con las semi [seudo] tercerías creadas por el personal político tradicional<sup>46</sup>. Su apelación a lo cívico es naturalmente una estrategia más o menos burda, dependiendo del caso, para captar votos. ¿No más que eso? Casi siempre es lo instrumental con algo más: una "microempresa" con un sentido de pertenencia fabricado, pero después interiorizado y vivido. La proveniencia de los miembros del nuevo grupo es casi siempre relativamente homogénea<sup>47</sup>. Comparten formación y lenguajes, y desde ahí se esfuerzan en "inventar una tradición"<sup>48</sup>. Que la tarea es difícil lo atestigua la enorme volatilidad tanto de estos grupos como de tercerías más auténticamente renovadoras. Parte de la dificultad reside precisamente en que las tradiciones básicas de los dos partidos, sobre todo del Liberal, se producen en el cruce de caminos de la Historia y las historias: remiten a los intereses de los individuos pero en el "formato grande" de experiencias masivas que maceran fidelidades de décadas. Las tercerías no

---

<sup>44</sup> Que las vías y las expectativas de ascenso social hayan tenido una gran centralidad en las últimas décadas no dice nada sobre el aumento o la disminución de la inequidad en términos agregados (que de hecho, creció bruscamente en los noventa).

<sup>45</sup> Palacios, Entre la legitimidad

<sup>46</sup> Miguel García, "Dinámicas políticas locales: una contextualización sobre las JAL bogotanas (material empírico)", policopiado, 1998.

También en el caso de "Sí Colombia" u "Oxígeno Liberal".

<sup>47</sup> Eric Hobsbawm, Terence Ranger (eds), The invention of tradition, Cambridge University Press, 1997.

tienen a su disposición esta clase de recursos. Esto explicaría de paso por qué las facciones no se independizan. Como fuere, no nos podemos dar el lujo de suponer que las facciones contemporáneas constituyen vacíos sociales y culturales. Ciertamente, son diferentes de las disidencias y suelen tener efectos macro muy nocivos, pero a menudo son nichos dinámicos de invención social y cultural<sup>49</sup>.

Sí, incluso una pregunta tan sencilla y aparentemente inocua como ¿por qué ganan y al mismo tiempo se fraccionan? está sin contestar. Esto pone en evidencia problemas analíticos bien significativos. Carecemos de unos microfundamentos que tengan el mínimo de sensatez y de consistencia como para poder explicar por separado tanto el poder electoral como la atomización, no digamos ya su confluencia. Paradójicamente, el culturalismo ingenuo (organicista) nos ha impedido captar las dinámicas culturales que acompañan la evolución del fenómeno clientelista. Los factores adicionales (criminalidad, represión, institucionalidad, debilidad de lo público) ayudan a entender aspectos parciales del problema, pero encallan en inconsistencias y falta de sustento empírico<sup>50</sup>.

Para dar los pasos necesarios en la búsqueda de tales microfundamentos es prioritario, como se ha sugerido, avanzar en el desarrollo de una agenda de investigación que apunte a subsanar los vacíos centrales hasta aquí reseñados. No se puede postergar más una explicación suficiente sobre la estabilidad de las mayorías tradicionales, sus mecanismos para mantenerse, reproducirse y adaptarse a diseños institucionales y reglas de juego que han sido modificadas. Y en este sentido se requiere consolidar un salto cualitativo que ya viene dándose en los análisis relacionados con los vínculos entre sistema electoral y sistema de partidos, el cual requiere simultáneamente atención en los diversos niveles: local, regional, nacional y en los distintos ámbitos sujetos a elección. Pero además, requiere incrementar significativamente las contribuciones de los estudios de caso ojalá derivados de algunos referentes conceptuales y metodológicos comunes.

En esta misma dirección, es indispensable profundizar en el tema de la especificidad del fenómeno colombiano en un contexto comparado. Para ello se necesita romper perspectivas y análisis que refuerzan el tradicional provincianismo colombiano y que, incluso, en términos de categorías y lenguaje utilizado, propician resultados de investigación que no son asimilables a los esfuerzos adelantados en relación con fenómenos similares en otros casos nacionales. El trabajo alrededor de los factores explicativos adicionales requiere, por tanto, de una mayor atención a los aspectos parciales que ayudan a entender con una perspectiva comparada la llamada "especificidad colombiana", guiada necesariamente por la búsqueda del sustento empírico hasta ahora sólo parcialmente atendido.

Ahora bien, para superar la metáfora productiva pero agotada de las microempresas electorales, es imperativo avanzar en el estudio de redes políticas en todos los niveles. Aquí, la combinación de metodologías cuantitativas y cualitativas puede sugerir esquemas de análisis aplicables a realidades en apariencia muy diversas. Pero igualmente, cuestiones como la dinámica de las coaliciones ganadoras, en lo electoral y dentro del funcionamiento de los cuerpos colegiados, permitirían dialogar sobre semejanzas y diferencias del caso colombiano actual en relación con otros casos o consigo mismo en otros momentos de la historia, asunto no suficientemente examinado hasta el momento.

Finalmente, si todo lo anterior permite una imagen más clara de los partidos y el bipartidismo, no se puede soslayar la necesidad de hacerle un lugar al análisis de las terceras fuerzas y los movimientos y organizaciones que por definición quieren tomar alguna distancia de las dos colectividades tradicionales. Pero a ellos también hay que aplicarles el rigor de los microfundamentos, para no seguir en las garras de análisis llenos de deseos y buenas intenciones, *ti* pero carentes de algunos mínimos útiles para la interpretación de los fenómenos enunciados. Como se ve al enunciar estas cuestiones, hay todavía un largo, largo camino por recorrer.

<sup>49</sup> Un análisis del fenómeno se encuentra en Francisco Gutiérrez, *La ciudad representada Política y conflicto en Bogotá*, Bogotá, Iepn-Tercer Mundo, 1998, cap 2.

<sup>50</sup> En este texto se revisaron los factores adicionales por separado. No descartamos que en su conjunto creen propiedades emergentes nuevas con un potencial explicativo grande.